

—Vaya! vivas y muy vivas, que lo merecen.

Un gemido interrumpió la conversacion; era de Don Felipe que habia oido aquella terrible relacion.

—¿Quién se queja? preguntó el familiar.

—Ese trabajador sueña; quizá tendrá alguna pesadilla.

—Puede ser.

*
* *

Todo estaba dispuesto para el auto de fé.

Un tablado se levantaba á uno de los lados, y en él habia una especie de trono suntuosísimo que debia ocupar el inquisidor mayor; el virey y los demas personajes de la comitiva que asistirian al espectáculo, tenian en el mismo tablado sitiales ó asientos.

A los lados del trono habia dos púlpitos para los relatores que debian leer, los procesos y las sentencias, y enfrente de ellos otro púlpito para el predicador.

Del mismo lado que el púlpito del predicador, habia otro tablado para los penitenciados, que debian colocarse en bancas los menos principales, y los mas notables en una especie de escalinata que se elevaba en el centro de este tablado.

La curiosidad pública era suma; desde muy temprano los balcones, las azoteas, las ventanas y las puertas, en las calles que conducian del templo de Santo Domingo á la Plaza Mayor, estaban llenas de damas ricamente vestidas, y de apuestos caballeros: las carrozas y los ginetes ocupaban todas las bocascalles, y los edificios se habian engalanado con cortinas y flores para que pasase por allí la procesion.

Muy temprano, el virey, la audiencia y los principales

empleados del rey y de la ciudad, se reunieron en Palacio y se dirigieron á la Inquisicion, en donde les esperaban ya los inquisidores para organizar la marcha de la comitiva.

Todo el mundo estaba en expectativa; sonaron las campanas de Santo Domingo, y comenzó á subir la procesion.

Aquello era una mezcla de suntuosidad y de desgracia, que solo oirlo contar causa horror.

Las mazas del ayuntamiento abrian la marcha.

Despues seguian la infinidad de particulares y personas de suposicion en la ciudad, ostentando riquísimos trajes, y orgullosos de tomar parte en el acompañamiento.

Despues de ellos, en dos hileras, seguian á la derecha mano la universidad y el cabildo eclesiástico, y á la izquierda, el ayuntamiento, el corregidor de la ciudad y los oficiales reales, todos de gran gala.

Venian despues el alguacil mayor, secretario y receptor del Santo Oficio, y luego el promotor fiscal, con el estandarte del Tribunal, cuyos cordones llevaban caballeros de la principal y mas lucida nobleza de México.

Seguia la Audiencia, y cerraba la marcha el inquisidor mayor, llevando á su derecha al virey, y á su izquierda al inquisidor menos antiguo.

Tras de tan lucido cortejo venian los sentenciados de dos en dos, acompañado cada uno de un fraile que le exhortaba á grandes voces, y custodiados por familiares del Santo Oficio.

Era una cosa espantosa mirar á aquellos desgraciados, cubiertos con sacos y corozas y sambenitos, en los que habia pintados diablos, y víboras, y sapos, y llamas, y calaveras, que parecian una mascarada, y con el terror y la desesperacion y la muerte impresas en su rostro: aquello era burlarse de su agonía.

Las tres hijas de Don Felipe Carbajal caminaban entre los penitenciados; á pesar de sus grandes sufrimientos, Doña Violante y Doña Leonor conservaban su belleza, y la palidez excesiva de sus rostros hacia lucir mas el encanto de sus brillantes ojos.

Marchaban penosamente, porque iban descalzas, y sus piés pequeños y delicados podian apenas sostenerlas, maltratados por las piedras de la calle.

Llevaban por todo traje una especie de túnica negra, ceñida en la cintura por un cordel, sin mangas, y que les llegaba apenas á las rodillas, dejando ver sus brazos torneados y blancos, cubiertos de horribles contusiones.

En la cabeza llevaban un *cucurucho*, como le decia la gente de la Inquisicion, muy alto y negro tambien.

La túnica y el *cucurucho* estaban sembrados por todas partes de diablos, de llamas, de calaveras y de papel dorado y rojo.

A pesar de aquel espantoso atavío, quizá no habia ni un hombre ni una mujer que no exclamase al verlas pasar:

—¡Qué lástima! ¡Pobrecitas, tan jóvenes y tan bellas!

La procesion llegó hasta el paraje destinado para el auto de fe; sentóse el inquisidor mayor, y le imitaron todos.

Los penitenciados fueron colocados en sus respectivos puestos, y los relatores de las causas subieron á los púlpitos.

En tres postes de piedra que tenian argollas de hierro enclavadas, y al pié de cada uno de los cuales habia un grande haz de leña, fueron atadas las tres hermanas.

Doña Isabel no era ya ni la sombra de lo que habia sido en otro tiempo; los sufrimientos la habian hecho cambiar

de tal manera en pocos meses, que parecia una anciana.

Su rostro estaba surcado por las arrugas, su cabello estaba casi blanco, y su mirada era vaga y casi estúpida.

Todas tres se dejaron atar sin resistencia al poste fatal.

En el centro quedó colocada Doña Isabel, á la derecha Doña Violante y á la izquierda Doña Leonor.

Atadas al poste, tenian que estar de pié sobre la misma leña que debia consumirlas, mirando cerca de sí una gran fogata alimentada constantemente por los familiares, y de donde se tenia que tomar el fuego para comunicársele á las hogueras.

Aquel sufrimiento moral debia ser mil veces mas terrible que la misma muerte; y se sienten crisar las carnes al pensar lo que sentiria el alma de aquellas desgraciadas durante el tiempo que tardaron las ceremonias, el sermon y las lecturas de los procesos y sentencias.

Un sol ardiente derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquellas desgraciadas, y la sed se hacia para ellas insoporable, porque dos ó tres veces pidieron agua por amor de Dios.

Pero nadie les hizo caso.

Llegó por fin, despues de tres horas de martirio, el momento supremo.

El verdugo se encaminó á la hoguera de Doña Violante con una tea encendida, y la intrdujo entre la apilada leña.

Podia desde lejos mirarse el terror mas espantoso retratado en el rostro de aquellas infelices, podia verse el temblor de sus carnes, podian oirse sus dientes chocar rápidamente unos con los otros, y el horror del cuadro aumentarse con los cantos religiosos y los rezos de los sacerdotes.

Una nubecilla de humo salió de la leña que debia consumir á Violante.

El verdugo habia ya con rapidez puesto fuego á las otras dos hogueras, y casi en el mismo instante las llamas se alzaron en las tres, y tres gritos que partian el alma, tres gritos de supremo dolor, de horrible angustia, se escucharon simultáneamente.

Entre las llamas que se alzaban de las túnicas y el pelo, podian verse á las tres hermanas al través de una nube de humo, retorcerse, levantar los brazos y las piernas, hasta donde se los permitian sus cadenas, alzar el rostro y lanzar agudísimos gritos.

Poco á poco sus movimientos se hicieron menos violentos, sus carnes fueron quedando negras; por fin inclinaron las cabezas, las llamas consumieron aquellos rostros hechiceros, y despues, carbonizados aquellos cuerpos, cayeron dentro de la hoguera y se convirtieron en cenizas.

Cuando el fuego se apagó para recoger aquellas cenizas y arrojarlas al viento como mandaba la sentencia, no quedaban ya de aquellas tres mártires, mas que una mano de Doña Violante, adherida al anillo de hierro con que estaba atada.

Aquella mano estaba negra, pero habia conservado su figura.

Los verdugos la arrancaron de allí y la arrojaron en otra hoguera preparada para quemar á un judío.

Don Felipe de Carbajal fué encontrado en una de las calles vecinas, tirado en el suelo y sin conocimiento.

Comenzaba entonces otra gran peste entre los mexicanos, que llevó al sepulcro mas de dos millones de víctimas en un año que duró.

Era la epidemia mas espantosa de cuantas hacia mencion la historia, y ya apenas alcanzaba el tiempo á los vivos para enterrar á los muertos.

Muchos cadáveres eran arrojados á las acequias, y muchos devorados en los campos por las fieras.

El virey Don Martin Enriquez habia hecho abrir algunas casas vacías para depositar y cuidar á los enfermos, y el arzobispo Moya de Contreras habia hecho lo mismo por su parte; pero no era posible ni aun enterrar el gran número de muertos que diariamente hacia la epidemia.

Ni el nombre de la enfermedad sabian los médicos, ni pudieron encontrarle jamás remedio.

Terribles dolores en la cabeza, calenturas, inquietud en el espíritu, un deseo irresistible de huir de las habitaciones, hemorragia por las narices; estos eran los síntomas, y luego á los nueve dias la muerte.

El médico mas notable entonces, que era el Dr. Don Juan de la Fuente, declaró que nada valia la ciencia, y el cuidado de los apestados se encomendó á los frailes de los conventos de la ciudad.

México parecia entonces un panteon.

* *

Don Felipe de Carbajal fué levantado de la calle el dia de la ejecucion de sus hijas, atacado ya de la peste, y conducido inmediatamente á uno de los lazaretos que habia establecido el virey.

Habia perdido el conocimiento, arrojaba ya sangre por la nariz, estaba perdido.

Nueve dias despues, una mañana dos criados del lazareto sacaban el cuerpo de Don Felipe para depositarle en un

gran patio, adonde ocurrían grandes carretas para llevarse los cadáveres al cementerio.

Llegaron los conductores y comenzaron á hacinar cadáveres en su carro.

El de Don Felipe fué uno de los últimos, y vino á quedar colocado encima de otros muchos.

Llegaron al panteon; allí se hacían inmensos zanjones y se arrojaban en él á los muertos que dejaban allí los conductores para ir en busca de otros.

Pero aquel acarreo era constante, aquel trabajo era sin descanso.

Los sepultureros tomaban á los cuerpos de los piés y de las manos, y los arrojaban á la fosa comun.

Habían comenzado ya su operacion cuando oyeron un suspiro entre los muertos, luego un quejido, y despues vieron que uno de los cadáveres se incorporaba.

Los sepultureros volvieron con indiferencia el rostro, á mirarle.

—Vaya; otro que han traído vivo—dijo uno.

—Así es todos los dias—contestó el otro.—Mejor; mas trabajo para ellos, menos para nosotros.

—Agua—dijo el hombre que habia casi resucitado de entre los muertos, y que era Don Felipe de Carbajal—agua por amor de Dios.

—Dale agua á ese pobre—dijo un sepulturero á una mujer que llegaba.

La mujer, acostumbrada ya sin duda á aquellas escenas, llevó á Don Felipe un jarro de agua, cuidando poco de andar por el suelo ó sobre los muertos.

Mientras que Carbajal bebía el agua, la mujer le miraba. Carbajal estaba desnudo, y la marca roja de su espalda llamaba la atención de la mujer.

—Mira—dijo la mujer al sepulturero—este hombre tiene la misma señal en la espalda que la niña que nos dieron el año pasado.

—¿Cuál niña?—exclamó Don Felipe.

—Una huerfanita—contestó la mujer.—Ven—agregó dirigiéndose al sepultero—ven á ver.

El hombre se llegó á Carbajal y comenzó á examinarle á su vez.

—En efecto—exclamó.

—Sí, tengo esa mancha—dijo Carbajal, y todos los de mi familia la tienen.

—Entonces, esa niña debe ser de vuestra familia.

—¿Qué edad tendrá?

—Parece como de dos años, comienza ahora á hablar.

—Señora, esa niña es mi nieta Juana, que nos fué robada el año pasado.

—Robada, ¿y cómo?—dijo con interés la mujer.

—Yo mismo no lo sé—contestó Carbajal;—pero es ahora la única persona que me queda de mi familia; todo lo he perdido sobre la tierra.

—¿Con la peste?

—Sí—dijo Carbajal, no queriendo descubrir su historia á aquellas gentes.

—¡Pobre niña, es tan bonita, tan humilde! La queremos como á nuestros hijos, y solo por eso no la hemos dado, porque nosotros somos pobres y tenemos muchas criaturas.

—Ahora yo la recogeré—dijo Don Felipe.

—¿Recogerla?—contestó con indignacion la mujer—¿recogerla? ¿y os figurais que despues de haberla criado, y de quererla tanto, se la íbamos á dar al primero que dijera «soy su padre?» No señor, nunca, nunca.

—Pero, señora, si vos misma habeis visto la señal que tiene esa niña en la espalda y la que yo tengo.

—Eso puede ser una casualidad, que no es difícil entre diez mil cadáveres que han traído..... lo que yo podré hacer, será que la veais de visita en mi casa..... pero darla, nunca..... si la quiero como si fuera mi hija.....

—¡Señora, por Dios!.....

—Nada, si quereis así, bien; y si no, no; y eso, antes es necesario que esteis enteramente bueno y que haya pasado la peste, porque si no, como ella puede ser verdad que sea de vuestra misma sangre, quizá se nos vaya á contagiar...

—Teneis razon.....—dijo Don Felipe reflexionando.

—Entonces procurad buscar una casa para curaros, y despues que todo haya pasado, vereis á la niña.

Don Felipe comprendió que no habia mas remedio que conformarse.

Haciendo un esfuerzo terrible, se levantó y salió de entre los cadáveres.

Por mas que hizo, no logró que la mujer le diese las señas de su casa.

—Aquí buscareis á mi marido, y él, que sabrá cómo va la peste por los cadáveres que entierre, dirá cuándo debeis ir: si os digo mi casa, me espiais, y en un descuido sereis capaz de robaros á la niña.

—Pero despues sucederia lo mismo, si tales fueran mis intenciones.

—No, porque no habiendo peste, mi marido no necesita estar aquí todo el dia, ni yo salir á traer la comida. Id á curaros y tened paciencia.

Don Felipe se resignó, y apoyándose en las paredes, salió á la calle en busca de un asilo para curarse.

Solo Dios podia valerle en aquel horrible aislamiento.

Don Felipe encontró amparo en casa de unos pobres que se condolieron de su situacion, pero su convalecencia era penosa, y no le fué posible salir á la calle hasta que habian trascurrido ya tres meses.

El primer dia que pudo andar se dirigió al camposanto; la peste disminuia en intensidad, y no era ya tan grande el número de cadáveres que se enterraban diariamente.

Don Felipe buscó entre los sepultureros, y no encontró al que necesitaba; preguntó por él, y no pudieron darle razon.

Por fin uno de los trabajadores habia conocido al hombre cuyo paradero deseaba saber Don Felipe.

—Ya me acuerdo de ese—dijo;—murió de la peste hace como un mes.

—¿Murió?

—Sí, aquí está tambien enterrado él, su mujer y dos hijos.

—¿Una niña entre ellos?

—No, varoncitos los dos; yo mismo los arrojé á la zanja.

—¿Y las otras criaturas que habia en su casa?

—Pues quién sabe; como quedaron abandonadas, no sé qué habrá sido de ellas.

—¿Conoceis par ventura á alguno de sus parientes?

—A nadie.

Don Felipe quedó como si un rayo hubiera caido á sus piés: habia concebido y alimentado una esperanza, y la perdió de repente.

La suerte no se cnasaba aún de perseguirle.